El Amigo

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/elamigodramaenun00prag

EL AMIGO

DRAMA EN UN ACTO, EN PROSA

original de

MARCO PRAGA

arreglado del italiano por

RICARDO BLASCO Y MANUEL BUENO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE NOVEDADES, de Barcelona, en la noche del 10 de Julio de 1900

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1900

A Emilio Thuillier

con el beneplácito de Marco Praga, sus amigos y admiradores

Ricardo Blasco

Manuel Bueno

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL CONDE CÉSAR.....	Sr. Thuillier.
LA CONDESA MARÍA.....	Sra. Pino.
JUAN (criado).....	Sr. Barceló.
UNA NIÑA.....	Srta. Barceló.

ÈPOCA ACTUAL

ACTO ÚNICO

Saloncito ochavado en un pabellón de un palacio, que se supone situado entre el jardín y la calle. La puerta situada en el foro se supone que comunica con la escalera que va directamente á la calle. En la ochava derecha, gran ventana, por la que se ve el jardín. En la ochava izquierda, puerta, que deja ver el cuarto de dormir con la cama, lavabo, etc. A la derecha, puerta que se supone comunica con el jardín y el palacio. El mobiliario es lujoso y elegante, y debe dar idea de que aquella es la habitación de un hombre soltero y rico. Adosado á la pared de la izquierda, un gran mueble antiguo (un arcón ó un bargueño), bien visible, y que por su aspecto contraste con el resto de los muebles. En la escena, y muy próximo al bargueño, un pequeño escritorio, y entre ambos muebles, butaca. Al lado opuesto una «chaisse-longue» en primer término y colocada perpendicularmente al proscenio. Sillas, butacas, etc. Por derecha é izquierda, entiéndanse las del actor.

ESCENA PRIMERA

JUAN, el CONDE

JUAN (Tipo de criado viejo de buena casa. Pálido, triste y enlutado. Al levantarse el telón se ocupa en poner en orden los objetos que hay sobre la mesita escritorio, lanzando grandes suspiros, como si todo le recordase una gran pena.) ¡Señor, Señor!... Si parece un sueño.

CONDE (Aparenta unos treinta años de edad; figura elegante, aire resuelto y simpático. Viste de luto. Entra por la puerta de la derecha. A Juan, que no le ha visto.) ¡Juan!

JUAN (Con gran respeto.) Perdone el señor Conde. No le había visto entrar. ¿El señor viene de la calle? (Señalando la puerta del fondo.)

CONDE No, del jardín. Entré por el palacio para ver á la Marquesa. Su pena parte el alma.

JUAN ¡Pobre señora!

CONDE Sí. ¡Pobre madre... y pobre amigo mío! ¡Tan joven!... (Muy tristemente.)

JUAN (Emocionadísimo.) Yo no me hago á salir de este pabellón, donde aún hace tres días le veía andar de un lado para otro. A cada momento creo que voy á verle entrar, que voy á oirle que me llama, diciendo: «Viejo, ¿dónde has puesto tal cosa? ¿Estás ya chocheando, Juan? ¡Te voy á jubilar!...» ¡Y cuando pienso que ayer tarde le dejamos debajo de tierra!... (Solloza.) Le quería como á un hijo, salvo el respeto, y el señor perdone la comparación.

CONDE (Emocionado.) ¡Pobre Juan! Es natural tu pena; puede decirse que tú le habías criado.

JUAN Conmigo jugaba cuando era una criatura; y desde que hace veintiocho años murió el señor Marqués, que Dios tenga en su gloria, yo velé siempre por él. De niño, y luego de mocito, y ya hombre hecho y derecho, yo siempre á su lado... Y el señorito me quería, ¡vaya si me quería! El señor Conde, que desde la infancia fué su amigo más íntimo, casi su hermano, lo sabe bien.

CONDE Sí, Juan, lo sé; y yo también te quiero mucho. (Con gran afecto.) ¡Viejo!

JUAN Así me llamaba él. ¿No es verdad, señor, que parece mentira?... Cuando pienso que anteayer salió vivo y sano por esa puerta, y á las dos horas me lo trajeron, como quien dice, hecho pedazos, muerto, ensangrentado... ¡Es para volverse loco! (Llorando.)

CONDE ¿Y yo, Juan, que le vi caer del caballo, que no pude salvarle; que le vi arrastrado, un

pie en el estribo y su cabeza rebotando en las piedras, destrozándose!... ¡Qué horrible visión, qué cosa más espantosa, Juan!... ¡Mi pobre Fernando! (Pausa. Los dos sollozan.)

JUAN ¿Y el señor Conde cree que la desgracia fué completamente casual?

CONDE (Sorprendido.) ¿Por qué dices eso?

JUAN No sé... Pero desde hace dos ó tres meses mi amo no parecía el mismo... que esperaba una desgracia .. Vamos, así como si la viera venir.

CONDE Es cierto que de algún tiempo á esta parte había cambiado su carácter, antes tan expansivo, tan alegre... Pero, por más que le preguntaba la causa de sus tristezas, siempre respondía de modo evasivo, apenas si hablaba... Pero de eso á pensar que llegó á buscar la muerte... Yo iba con él cuando ocurrió la desgracia... No. El caballo se espantó al paso de un automóvil y salió desbocado...

JUAN (Como hablando consigo mismo.) Hay penas que matan. . ¿Por qué volvió de América? ¡Valiera más morir sin verle que haberle visto muerto! (Absorto en su dolor, se deja caer en el sillón que hay entre el escritorio y el arcón.)

CONDE ¡Vamos, Juan, tengamos ánimo!

JUAN ¡Ah, señor! (Levantándose en actitud de excusa.) No sé ni lo que me hago.

CONDE (Con gran naturalidad.) Dime: es en esta mesa donde Fernando guardaba sus papeles más interesantes, ¿verdad?

JUAN En este mueble. (Señalando el arcón.) Pero está cerrado... y no sé dónde tenía las llaves el señorito.

CONDE Las tengo yo. (Juan, desde este momento, manifiesta gran inquietud, que procura disimular para que el Conde no la advierta.) La Marquesa acaba de dármelas, encargándome que revise todos los papeles de Fernando y destruya todo lo que no pueda servirle á ella de recuerdo. (Juan ha quedado instintivamente pegado al bargueño.) «Usted, César, que era para mi hijo como un hermano, arréglelo todo,—me ha

dicho, llorando como una Magdalena.—En usted confío; yo no tengo fuerzas para nada. No quiero que al faltar mi hijo quede sin cumplir ningún compromiso.» Y me hizo prometerla que revisaría todo con el mayor cuidado.

JUAN ¿Y el señor Conde?...

CONDE ¿Cómo negarme, por dolorosa que sea esta misión?... Mis lágrimas (Enjugándose los ojos.) respondieron por mí... y al separarme de ella le juré cumplir fielmente su encargo. Tú me ayudarás, Juan.

JUAN ¡Con alma y vida!... Pero, ¿el señor Conde se va á ocupar ahora mismo de esas cosas?

CONDE Ahora, no; pero esta misma tarde. Porque la Marquesa se preocupa mucho... ¡Lo que son las madres! No sosiega al pensar que su hijo haya podido dejar algún compromiso grave pendiente, alguna deuda... quizás una mujer... Hasta sospecha que el cambio de carácter de Fernando en estos últimos tiempos obedeciera á una pasión desdeñada... ó acaso demasiado bien correspondida... Alguna joven seducida... ¡Qué sé yo! Alguna falta que necesitase reparación... (Juan se ha ido turbando más.) Un hijo sin nombre... (Juan parece tranquilizarse y se encoge de hombros, como desechando esta última idea.) Tú facilitarás mi triste tarea... porque tú, viejo, debías conocer mejor que nadie los secretos de Fernando, aun los más íntimos (Con malicia.)

JUAN (Evasivo.) El señorito me quería mucho y me honraba con su confianza. (Pausa.) Pero...

CONDE Pero... ¿qué?

JUAN Nada, una idea...

CONDE ¿Sospecha con razón la marquesa? ¿Había algún trapicheo... alguna costurerita sensible?... ¿Un ángel caído?...

JUAN ¡No! ¡No!... Es que iba á permitirme rogar al señor Conde que dejásemos para más adelante... cuando pase el novenario y la señora marquesa se vaya al campo...

CONDE Nada de eso; la pobre madre añade á su pena la zozobra de que la memoria de su

hijo haya quedado comprometida en una deuda moral ó material. Hoy mismo hemos de pasar revista á todo por mucho que nos duela. Espérame aquí, yo vuelvo pronto. (Dirigiéndose á la puerta por donde vino.)

JUAN ¿El señor Conde sale por el jardín?

CONDE No salgo de la casa. He de hablar con el médico para que convenza á la marquesa de que la conviene alejarse de este hotel y de Madrid una temporada. (Ya en la puerta.) ¡Ah! Tengo aquí citado á un señor Vilana, escultor; si viene, que haga el favor de esperarme. (Vase.)

ESCENA II

JUAN; luego la CONDESA

JUAN ¡Qué compromiso, Santo Dios, qué compromiso!

CONDESA (En traje de calle. Asoma con precaución por la puerta del foro. En voz muy baja.) ¡Juan!

JUAN (Sobresaltado al verla.) ¡La señora Condesa aquí!

CONDESA (Como antes.) ¿No hay nadie?

JUAN El señor Conde acaba de salir.

CONDESA ¡Mi marido!

JUAN Sí. (Mirando por la ventana.) Ha atravesado el jardín y ahora entra en el hotel. Va á hablar con el médico.

CONDESA (Entrando resueltamente.) ¿Volverá?

JUAN No tardará mucho.

CONDESA Desde las ventanas del hotel no puede ver mi coche.

JUAN (Asustado.) ¿El coche de la señora está abajo?

CONDESA Sí, en la puerta del pabellón que da á la calle. No he querido que Lolita y la niñera suban aquí.

JUAN ¿Pero la señora Condesa no ha pensado que se expone á...?

CONDESA ¡Pensar! ¿Tú crees que yo puedo pensar en nada hace tres días?

JUAN ¡Es una imprudencia!

CONDESA Ya comprenderás á lo que vengo... Mis cartas, mis retratos!...

JUAN ¡Señora Condesa, por Dios! (Mirando á todos lados y bajando la voz por si alguien los escucha.)

CONDESA Pronto. Antes de que vuelva. (Va al escritorio, cuyos cajones, abre, registrándolos nerviosa.)

JUAN La señora se equivoca. No están ahí. (Moviendo tristemente la cabeza.)

CONDESA Pues, ¿dónde, Juan, dónde? ¡Yo pierdo la cabeza!

JUAN ¡Ahí! (Señalando al bargueño.)

CONDESA ¡Ah! Si ya no me acordaba. (Queriendo abrir.) ¡Está cerrado! ¡Venga la llave! ¡Pronto! (Juan permanece inmóvil, bajando la cabeza confuso.) ¿Estás sordo? La llave... ¿dónde está?

JUAN Señora... déjelo á mi cuidado. (Se nota en su manera de hablarla mayor familiaridad que con el Conde.) Ahora puede venir el señor Conde. Yo lo recogeré todo... más tarde. (Indicándola suplicante la puerta.)

CONDESA ¿Pero no comprendes, imbécil, que me muero de ansiedad?... ¿No sabes que la muerte le cogió desprevenido, que no pudo destruir nada? ¡Que una sola hoja de papel en manos extrañas... (Con terror.) ó en las de mi marido, me pierde irremisiblemente!... ¡Vamos, la llave!

JUAN (Abatidísimo.) ¡No la tengo yo!

CONDESA ¿No? (Aterrada.) ¿Pues quién?... ¡Ah! (Con esperanza.) ¿La marquesa?

JUAN Tampoco.

CONDESA ¿Entonces?...

JUAN La tiene el señor Conde...

CONDESA ¡Mi marido! (Dejándose caer en un sillón.)

JUAN Y puede venir de un momento á otro. (Yendo á mirar por la ventana.) Por Dios, señorita María, váyase usted.

CONDESA ¡Irme! ¡Irme sin esas cartas que dentro de un momento pueden caer en sus manos!... ¡Pero tú no sabes que en esas cartas está mi alma, mi honra, mi única falta! ¡Seis meses de pasión y de remordimientos! ¡Mi vida entera! ¡Y quieres que me vaya sin ellas!

JUAN Cálmese usted, señorita María... La cosa puede tener remedio todavía.

CONDESA ¡A ver! ¿Cuál? ¿Cómo?

JUAN Yo he de ayudar al señor Conde cuando reregistre eso, (Por el mueble.) y apartaré, quemaré los papeles delicados...

CONDESA ¡Valiente remedio! ¡Hay que abrir á toda costa! (Tratando de forzar la cerradura.) ¡La vergüenza! ¡El deshonor! ¡Mi hija!

JUAN Señorita, por lo que más quiera en el mundo, mire que si el señor Conde la encuentra aquí, ¿qué pensará?

CONDESA Es verdad... El no tiene la menor sospecha.

JUAN Ninguna.

CONDESA Entonces... (Procurando serenarse.) Le espero. (Movimiento de sobresalto en Juan.) Yo encontraré un pretexto que justifique mi presencia aquí. Nuestra intimidad con la marquesa puede explicarlo todo... Y en seguida me llevaré á mi marido y me comprometo á impedir que vuelva á entrar aquí hasta mañana. (Acercándose á Juan entre suplicante é imperiosa.) ¡Tú me salvas! ¿Comprendes? Esta misma noche, (Señalando el mueble.) todas mis cartas, mis retratos, ¡todo, ha de estar en tu poder!...

JUAN ¡Y cómo!

CONDESA Haces saltar la cerradura, traes un cerrajero, rompes ese mueble, ¡lo que sea! ¡Pero que no quede ni rastro de aquello!

JUAN (Gravemente y resistiéndose.) ¿Y mi responsabilidad? La señorita no piensa, pueden acusarme de un delito...

CONDESA ¿Quién puede acusarte de nada? Cuarenta años de honrados servicios responden por tí... ¡Y por encima de todo está mi honra, la memoria de tu amo... á quien tanto amé y por quien puedo verme perdida! (Llorando.) ¡Júrame que lo harás, júramelo por él!

JUAN (Conmovido.) Basta, señora, ¡lo juro! Mi sangre toda daría por salvar á la que mi amo quiso tanto... Y ahora, tranquilícese usted. (Yendo á escuchar á la puerta.) Suben la escalera. Es el señor Conde. (María procura serenarse.)

ESCENA III

DICHOS y el CONDE

CONDE (Entra por la derecha, y al ver á su mujer, manifiesta sorpresa.) ¿Tú aquí, María?

CONDESA Sí... pasaba en el coche con la niña, y suponiendo que estarías subí á buscarte.

JUAN La señora Condesa acababa de llegar.

CONDESA No entré á ver á la Marquesa hasta saber por tí cómo se encuentra hoy.

CONDE Figúrate, cada vez más desconsolada. Pero creo que te vería con gusto; vé...

CONDESA Iremos juntos.

CONDE No. Vé tú sola. Yo espero aquí una visita.

CONDESA (Contrariada.) Pero... la Marquesa necesita descanso y acaso mi visita la moleste y la aflija más.

CONDE Quizás tengas razón.

CONDESA ¿Y tú?... tú también necesitas tomar un poco el aire, descansar, distraerte. (Cariñosa.) Anda, vente con nosotras á la Casa de Campo.

CONDE ¿Dices que la niña está abajo?

CONDESA Sí. ¿Vamos?

CONDE (Vacilando.) No, luego. Tengo que hacer aquí, con Juan, ahora.

JUAN La señora Condesa dice bien. El señor necesita tomar fuerzas. (Con intención.) Una hora ó dos bastarán para pasear con la señora, y luego... á la caída de la tarde... ya puede volver.

CONDESA (Mirando agradecida á Juan.) Eso es. ¡Vamos!

CONDE Pero es que también he citado aquí á Vilana, el escultor....

CONDESA Le dejas recado á Juan.

JUAN Sí, señor Conde. (Insinuante.)

CONDE Prefiero dejarle dos letras dándole instrucciones para ganar tiempo. Las escribo en un momento.

CONDESA Sí, eso es, y en seguida nos vamos. Juan, baje usted y ayude á Josefina á entretener

á la niña para que no se impaciente, dígales que en seguida bajamos. (Juan sale por el foro.)

CONDE (Vacilando aún.) ¿Y si á la Marquesa le ocurre algo?

CONDESA ¡Vaya! Para una hora que vas á estar ausente. Anda, escribe eso.

ESCENA IV

EL CONDE, LA CONDESA

CONDE (Sentándose á escribir.) La pobre Marquesa está como loca de dolor. Será preciso que me ayudes á sacarla cuanto antes de esta casa, donde cada objeto es para ella una triste memoria; cada minuto le trae un recuerdo doloroso. Lo mejor será que vaya una temporada con su hermana á su quinta de Granada. (Pausa.) Yo también hubiera querido alejarme de aquí pronto... olvidar aquella terrible escena, cuya visión me persigue, se incrusta en mis ojos... Mi único amigo, mi hermano, espirante, destrozado el cráneo... Yo también necesito alejarme, olvidar, borrar de la vista y del recuerdo estos lugares, esta casa, ese jardín, este pabellón, donde tantas horas felices de mi infancia, tantos días alegres de mi juventud pasé con el pobre Fernando...

CONDESA (Insinuante.) Vámonos de aquí, César, ¿á qué atormentarte más?

CONDE Por triste que sea, me resta un último deber que cumplir.

CONDESA Tiempo tendrás... ¡Vámonos!

CONDE (Bajo el influjo de la obsesión.) Aun me parece que le veo cuando hace un año escaso volvió, tras su larga estancia en América, sano, fuerte, contento como nunca... Su sorpresa, su alegría al verme casado y padre. La franca amistad que pronto se estableció entre él y tú... el cariño que tomó enseguida á nuestra hija... Sus proyectos para el porvenir... Y de pronto, todo esto destruído estú-

pidamente por una bestia que se espanta, un caballo que se desboca, estrellando á su jinete contra las piedras... Hace dos días... todo alegría, luz... esperanzas... Hoy penas, lutos, lágrimas, nada... Parece un sueño, la razón no se resigna á aceptarlo, el espíritu se niega á creerlo... ¡Fernando, hermano mío!... No, esto no es justo; esto es cruel... ¡Dios mío, esto es cruel!

CONDESA (Dominando su propia emoción cariñosamente.) ¿Lo ves?... Aquí te emocionas, te desesperas inútilmente. ¡Vámonos!... La niña espera abajo. (Tirando materialmente del Conde.)

CONDE (Reponiéndose y decidiéndose.) Sí, salgamos. Acabaré estas dos líneas para el escultor. La Marquesa quiere á toda costa que en el mausoleo se coloque un medallón con el busto de Fernando. (Escribe.) «...Adjunto un retrato de mi pobre amigo...» (Mira á todos lados como buscando sobre los muebles una fotografía, y no encontrándola se dirige al bargueño.)

CONDESA (Movimiento de terror involuntario.) ¿Qué haces?

CONDE Ya lo ves, buscar un retrato de Fernando. Aquí debe haber alguno.

CONDESA (Deteniéndole.) ¡Ahí!

CONDE Seguramente. (Con la más absoluta serenidad.)

CONDESA Espera... ¿Por qué ahora? Vas á volver á entristecerte, á desesperarte... Qué empeño en desgarrarte el alma... Dentro de unos días... Mañana... Ahora, vámonos, salgamos de este cuarto que parece una tumba.

CONDE No. He dado palabra á la Marquesa de no perder minuto. El escultor Vilana va á venir. Es indispensable el retrato. En cuanto lo saque, nos vamos. (Va á abrir el mueble.)

CONDESA (Vivamente.) ¡No! ¡No abras!

CONDE (Con extrañeza, pero sin asomo de sospecha.) ¿Por qué?

CONDESA (Vacilante, cariñosa, insinuante.) Verás... Puedes encontrar un nuevo recuerdo de vuestros días felices... algo que aumente tus penas... Hace un momento te pusiste de tal modo, tan afligido, que me diste miedo... No, no abras.

CONDE No seas niña; sabré dominarme. De todas suertes, si no hoy, mañana he de verlo y repasarlo todo. Así la he prometido á la Marquesa.

CONDESA Pues bien, mañana... cuando sea. Ahora no. Te lo ruego. Salgamos de aquí. (Sin poder disimular su emoción.)

CONDE Extraña insistencia... (Observando su palidez.) ¿Tiemblas? (Cogiéndole las manos.) Tus manos están frías... Te has puesto pálida... María, ¿qué tienes?

CONDESA Ya te lo he dicho... Aquí me ahogo... Vámonos pronto.

CONDE ¿Estás loca? Me crees débil como un niño. (Mete la llave en la cerrádura.)

CONDESA ¡No!... Escúchame, César... Te diré... Te explicaré... Oyeme. (Apartándole violentamente del mueble.) Hace poco he mentido... Te explicaré la verdadera razón de mi presencia aquí.

CONDE (Con curiosidad, pero sin sospecha.) ¡Enhorabuena!. . Explícate, porque esa turbación y esa inquietud me sorprenden y me ponen en curiosidad... Vamos, habla.

CONDESA (Indecisa, procurando ganar tiempo.) Sí. Siéntate aquí (Sentándose lo más lejos posible del bargueño.) Pero antes. . mira si alguien puede oirnos.

CONDE ¿Un secreto?... (Casi burlón.) ¡Casi me das miedo!

CONDESA Por Dios te lo pido .. Mira si estamos bien solos.

CONDE (Mirando por las puertas.) Nadie .. Vamos .. Te escucho. (Sentándose á su lado.)

CONDESA (¡Dios mío, dadme valor!) Ya te lo he dicho .. Es un secreto... Pero vas á prometerme... á darme tu palabra de honor de que cuanto voy á decirte será sagrado. (Signo afirmativo del Conde.) Pues bien... Fernando... Villalta .. (Se detiene, no sabiendo cómo seguir.)

CONDE Vamos, sigue. ¿Tan grave, tan importante es el secreto?

CONDESA Fernando tenía .. tuvo... tuvo relaciones con una mujer... con una señora... de la cual . (Se detiene de nuevo.)

CONDE ¿La conoces tú?

CONDESA Sí; es una amiga mía, amiga de la infancia. Naturalmente, Fernando poseía de esa amiga .. cartas, retratos... en fin: cosas que pueden comprometer á una mujer ..

CONDE Bien, ¿y qué?

CONDESA (Animándose, y ya más dueña de sí.) Que habiendo muerto así, repentinamente, es casi seguro que esas cartas, esos retratos, no ha podido destruirlos .. y es necesario, es indispensable que sean devueltos ó sean destruídos por la única persona que estaba en el secreto de los amores de mi amiga y Fernando...

CONDE (Sorprendido y severo, pero muy tranquilo.) ¿Y esa confidente eres tú?

CONDESA Sí; yo sola conocía esas relaciones. Muerto Fernando, la he visto á ella... La he hallado presa de las más horribles angustias... Al dolor causado por esta desgracia se junta el miedo, el terror de que las pruebas de su falta puedan caér en manos extrañas. (Con voz debilísima.) ¡Es casada! (Observa á su marido, que la escucha serio, impasible.) He creído hacer una obra de caridad con esa desgraciada, prometiendo salvarla en este terrible trance.

CONDE (En tono de doloroso reproche.) ¿Tú has hecho todo eso? ¿Tú has prometido?...

CONDESA (Vivamente.) ¡Oh! Es bien digna de compasión ¡Pobre mujer! Es más desgraciada que culpable. Fascinada por una pasión irresistible, en un momento de locura se sintió vencida, arrastrada... Había sido buena esposa, es buena madre. . Bastante ha expiado su falta .. Esos amores, (Con convicción.) que han sido la mayor desventura de su vida, le han causado ya bastantes amarguras para que todavía ahora, por una fatal circunstancia, puedan causar su deshonra, su vergüenza .. (Más mimosa.) ¿No es cierto, César, que yo no podía negarme á esta obra de caridad, pudiendo salvarla?

CONDE (Con amargura.) ¿Y querías hacerlo así, valiéndote de un subterfugio?

CONDESA Creí poder conseguirlo sola.

CONDE ¿Sola? (Ofendido.)

CONDESA Sí, no te lo oculto. Valiéndome de la amistad que tengo en esta casa con la Marquesa, creí poder venir aquí y hallar lo que buscaba con ayuda de Juan, diciéndole...

CONDE ¿Y por qué no haber comenzado por confiarte á mí?

CONDESA (Con terror involuntario.) ¿A ti? (Reponiéndose.) Ignoraba que la Marquesa te hubiese encargado de revisar los papeles de Fernando Y además, consideraba tan sagrado este secreto. .

CONDE Que no tenías confianza ni en tu propio marido. (En tono de reproche. María baja la cabeza sin contestar.) ¿Y ahora?

CONDESA ¿Ahora?... Ahora que tú sabes de qué se trata, ¿me ayudarás á guardarlo y á salvarla? (Temerosa.)

CONDE (Después de una pausa.) ¿De modo que deseas que yo no abra ese mueble?

CONDESA (Con precaución, como asiéndose á la tabla de salvación.) Que me permitas que lo abra yo.

CONDE ¿Ahora?

CONDESA Sí.

CONDE ¿Y tú quieres buscar entre los papeles de Fernando esas cartas?... Pero, ¿te has dado cuenta de lo que dices?

CONDESA Puesto que nadie debe saber el nombre de esa mujer...

CONDE ¿Y no crees, María, que podemos, juntos los dos, cumplir nuestra piadosa misión? ¿No crees que si yo llego á conocer también ese secreto sabré guardarlo tan fielmente como tú? . Comprende bien que no me guía curiosidad malsana; pero un sagrado deber me obliga á abrir ese mueble. Puede haber ahí otros secretos: de todos me ha hecho depositario una madre. (Dejando el tono severo.) Pero tiempo tendremos de todo eso y con más tranquilidad de espíritu. Ahora busco sólo el retrato de Fernando, y .. (Va hacia el mueble.)

CONDESA (Deteniéndole.) Piensa en que aquella desdichada se muere de angustia, que espera mi respuesta como su única salvación.

CONDE Puedes, ahora mejor que antes, tranquilizarla.

CONDESA Es que... abriendo ese mueble, puede descubrirse el secreto...

CONDE (Pausa. Acercándose á su mujer, serio, severo.) ¿Y aún insistes?... ¿Tan poca fe tienes en tu marido que no puedes confiarle esa misión tan delicada, en la que tú á tanto te exponías?...

CONDESA Se trata del honor de una mujer.

CONDE (Dominando la exaltación que va sintiendo.) ¿Y tú crees que yo no tengo conciencia de lo que es el honor? (Mirándola con más fijeza.) Vamos, María, tú no me lo has dicho todo. Por primera vez no eres sincera conmigo... Esa mujer... ¿te toca muy de cerca?

CONDESA No.

CONDE ¿Es solamente... una amiga?

CONDESA Sí.

CONDE Perdona mi insistencia; pero es preciso que yo comprenda tu extraña actitud, con la cual más perjudicas que favoreces á esa amiga tuya... ¡Y bien sabe Dios cuánto me duele que mujer semejante s a tu amiga!... Más la perjudicas cuanto más desconfías de mí. Sabes que conozco bien á todas tus amigas más íntimas, y de ninguna de ellas me explico que hayas podido recibir semejante encargo .. Y fuera de tus íntimas amigas...

CONDESA ¡Ah, no! Tus suposiciones...

CONDE No hago ninguna; soy bastante caballero para no hacerlas...

CONDESA Entonces, ¿por qué esas preguntas?

CONDE Te lo he dicho: para disculparte . si puedo. Es la primera reprensión que tengo que hacerte desde que eres mi esposa Pero tú, en este doloroso asunto, sólo has pensado en ella... en la mujer... y aquí está empeñada, no solamente la honra de una mujer.. está en juego el honor de un hombre... Como amigo de Fernando, por el sagrado encargo que me dió su madre, no puedo renunciar á mi parte en el secreto, por dolorosa que que sea...

CONDESA Pero Villalta ya no existe ..

CONDE Tanto peor. Queda su nombre y su memoria, cuya salvaguardia se me ha confiado .. Conque (Resueltamente.) abramos ese mueble.

CONDESA (Viéndose perdida; exaltándose á medida que el Conde recobra su aplomo.) ¡Ah! ¡Los hombres! ¡Siempre iguales! Siempre venís á parar en razones egoístas y á vuestro favor únicamente. Jamás en favor nuestro. Os importa más el honor del hombre que la salvación de la mujer, á la que ese hombre ha arrancado su honor, robado su tranquilidad...

CONDE ¡María! ¿Eres tú quien me habla de ese modo?

CONDESA (Aterrada, confusa, como si temiera haberse descubierto.) Perdóname... No sé lo que digo... Me trastorna pensar el peligro que corre esa desdichada.

CONDE ¿El peligro? ¡¡Y ese peligro está en mí!! ¡¡María!! ¿Estás loca? María, ¡mírame!, ¡ mírame cara á cara!! (María no se atreve á mirarle de frente y vuelve la cara huyendo de la mirada del Conde, que busca la suya. El Conde, que hasta ahora, y durante la última parte del diálogo, parecía haber resistido á un vivísimo deseo de abrir el mueble, se dirige vivamente á éste y lo abre. Todo lo que sigue debe hacerse rapidísimamente por los actores. María observa desde el sitio donde quedó, con ansiedad y terror crecientes, todos los movimientos del Conde. Cuando le ve abrir varios de los cajoncitos, nerviosamente y revolviendo los papeles, se levanta instintivamente de su asiento y parece como que quiere hablar, precipitarse á contenerle; pero no tiene fuerzas más que para acercarse más y poder ver los papeles que pasan por manos de su marido. Al abrir el tercero ó cuarto cajón se presenta á la vista del Conde un paquete algo voluminoso, cerrado con varios sellos de lacre y atado con una cinta de seda azul. Lo toma y tiene un momento de vacilación antes de abrirlo, como si sintiera el instintivo temor de disipar la última duda.)

CONDESA (Sin poder contenerse.) ¡Esas son! ¡No lo abras

CONDE (Con la voz sofocada y volviéndose á la Condesa.) ¿Cómo lo sabes?

CONDESA Un paquete sellado... esas cintas... fácilmente se adivina. (Con voz apagada por el terror. El Conde coloca el paquete sobre el escritorio y rabiosamente se dispone á abrirlo. La Condesa, con angustia:) Destruyámoslo así... no lo abras... (El Conde ha saltado ya los primeros sellos.) ¡Escúchame!... Renunciemos á abrirlo nosotros... ¡Que lo abra la Marquesa!...

CONDE (A esta proposición se detiene.) ¿Cómo?

CONDESA (¡Me he salvado!)

CONDE (Con ira, cogiendo á su mujer por la mano y trayéndola á su lado.) ¿Pero tal seguridad tienes de que aquí están las cartas de esa mujer?... (Signo afirmativo de la Condesa.) Pues por eso mismo hemos de abrirlo nosotros ahora.

CONDESA (Cuya mirada, como por una fascinación del miedo, se ha fijado en el pliego.) ¡Ah! ¡No lo abrirás!... Lee.

CONDE (Leyendo sobre el pliego.) «Para quemarlo sin abrirlo.» (Queda un momento vacilante, como aturdido, sin saber qué hacer. En toda su actitud se revela el ardiente deseo de abrir el pliego. Pausa durante la cual la Condesa manifiesta en su semblante cómo renace su esperanza. El Conde se aproxima á su mujer y le dice con gran emoción: Pues bien, María, no lo abriré... pero necesito saber el nombre de esa mujer.

CONDESA ¿Para qué?

CONDE Necesito saberlo... ¿Me lo quieres decir? (Entre suplicante y amenazador.)

CONDESA (Con firmeza.) Imposible.

CONDE ¿Imposible? Estoy decidido á saberlo á toda costa. (Volviendo hacia el escritorio.)

CONDESA Pero... (Nuevamente aterrada.) Pero, ¡no abrirás!

CONDE ¿Por qué?

CONDESA (Indicando el sobrescrito.) No puedes.

CONDE ¿Y si lo hiciese?

CONDESA Por tu honor... no lo harás.

CONDE ¿Y si... por mi honor pudiera justificarlo después de abrirlo?

CONDESA ¿Qué quieres decir?... ¡César!...

CONDE ¿Y qué quieres tú ocultar?... ¡Por Dios, por nuestra hija, el nombre de esa mujer!... ¿Vale ella más, vale más esa indigna amiga

tuya que esta horrible nube que se cierne sobre nosotros?... ¡El nombre!

CONDESA ¡No!

CONDE ¿No? (Furioso, corriendo al pliego cuyos ataduras comienza á romper atropelladamente.) ¡Voy á saberlo!

CONDESA ¡No, César, por tu hija! (En un grito de angustia. Con rabia al ver que no la escucha.) ¡Ah, cobarde!

CONDE (Deteniéndose, y al oír el apóstrofe, cuando aún no ha podido ver lo que contiene el paquete.) ¡Tú!... ¿Fernando?... ¡¡Ah, no! Desenvuelve el paquete y lo primero que se presenta á su vista es una gran fotografía de la Condesa. Lanza un alarido de angustia y cae como desplomado sobre la butaca, mientras el retrato se escapa de sus manos de suerte que el espectador pueda verle. La Condesa, que instintivamente se alejó en un movimiento de terror, cae sobre la «chaisse-longue», volviendo la vista al otro lado y cubriéndose el rostro con las manos en la actitud del más pavoroso miedo, como si aguardase un golpe mortal. El Conde, medio repuesto de la primera emoción, pero, todavía como un sonámbulo, gira la vista á todos lados y vuelve á ver el retrato al acabar de pronunciar las siguientes frases:) ¡Mi amigo, mi hermano!... ¡Mi nombre deshonrado!... (Al fijarse de nuevo en el retrato, se precipita sobre él y lo rasga en mil pedazos. En este instante, un sollozo de María le vuelve completamente á la realidad y, ciego de furor, va á María; la coge, alzándola la cabeza, mientras ella, en el colmo del terror, se desliza, cayendo de rodillas, reduciéndose, achicándose ante el golpe mortal que espera.) ¡Infame! ¡canalla! ¡vil! ¡tu vida!... ¡¡Cien vidas no bastan para expiar tu falta!! (Alzando los brazos como para aplastarla. Al ver su terror y su humillación, el marido se yergue en un movimiento de repulsión, de asco por ella, de repugnancia por lo que iba á hacer, y retrocediendo maquinalmente sin quitar la vista de María, cuyo horror por ella expresa el gesto que va en aumento, llega hasta el escritorio donde está el paquete abierto. Como en una súbita resolución coge el paquete, lo arroja violentamente dentro del bargueño, cierra, y con acento imperioso y señalando á la puerta, dice á María:)

¡¡Vete!! (La Condesa permanece inmóvil. El Conde con acento terrible:) ¡¡Vete! ¡¡Pronto!!

CONDESA (Con voz apagadísima.) ¡Perdón!

CONDE ¡No ves que no te mato'... ¡Vete! (En este momento se abre la puerta y aparece Juan con la Niña. Ésta será de unos cuatro años, lo más bonita posible, y muy elegantemente vestida.)

JUAN Señor Conde, la Niña.

NIÑA (Entra corriendo muy alegre y gritando:) ¡Mamá, mamá! (Se dirige á María. Ésta se alza como un rayo para ir á coger á su hija. El Conde, con un rapidísimo movimiento, coge á la Niña sin dar tiempo á María de llegar á ella. La levanta en sus brazos; ansioso, la estrecha, la besa convulsivamente, como si la acabase de salvar de un gran peligro, y le cubre la cara con las manos para que no vea á su madre, dirigiéndose mientras tanto lentamente hacia la puerta de salida, y lanzando á María terribles miradas, como impidiéndola así que se acerque.)

CONDE ¡¡No, aquí tú, no, hija mía, aquí no!!

CONDESA (Viéndose arrebatar á su hija, cae de rodillas con las manos juntas.) ¡César, mi hija!

CONDE ¡Mi hija!... ¿Tuya? ¡No lo es ya!! (Saliendo. —Al buen talento y sentimiento artístico del actor queda la composición de este cuadro.—Telón rápido.)

FIN